

Índice

Prólogo de Rafael Flores Montenegro -	9
Presentación, por Amalia y Alicia Contursi -	15
Introducción: Mi mensaje -	19
I - Relatos de mi amigo de la ciudad -	27
El Chango Carmen -	29
El paquetito -	35
Me los traje a los dos para mi casa -	39
El Cuico -	47
El Carmen cumplió 14 -	55
Cosas de las cuadreras -	61
Los ojos del riojano -	69
Cami- Cosquín -	79
II - Las narraciones del Viejo Sosa -	83
La Romualda -	85
Has de ser aquella (La del Aguaribay) -	93
Con mi mulita y mi pena -	95

III - Poemas Serranos -	97
Mientras vamos caminando -	99
Ese chorrillo de agua -	101
Tristeza -	103
A Grisel -	105
Por qué le cantas al río -	107
El picaflor y mis dos tuquitos -	111
Oda al Uritorco -	115
Naturaleza muerta -	121
No le pegués al burrito -	123
Un ramo de rosas -	127
¿No tiene una monedita? -	129
Invierno -	131
Serrana -	133
Tierra -	135
Alucinación serrana -	139
El sueño cumplido -	143
Vidala de la botella -	147
Los changos no dicen nada -	149
Madurez -	151
Cactus -	153
El por qué de mis penas -	157
Palomita de la Virgen -	159
Está faltando el agua -	161
Pesadilla -	163
Propiedad privada -	167
¿Cómo es posible? (Reflexiones) -	169
La Verdad -	173

-Prólogo-
**José María Contursi da su voz
a los desheredados**

A más de cuarenta años de haber sido escrito y ordenado para su publicación, se ofrece este libro de José María Contursi. Amablemente, las hijas del autor, Alicia y Amalia, me han pedido un prólogo para la admirable obra ilustrada por Romilio Ribero. Tras la gratitud por la confianza, debo decir que no caben prólogos cuando el poeta se explicita con claridad no exenta de confesadas perplejidades expuestas en su "mensaje" y en sus versos. Será lo mío un comentario, conmovido por la transformación "intelectiva" y espiritual acaecida en el grandísimo poeta del amor en el tango. Sus temas unidos a músicas que le van como segunda piel, se cantan en la redondez ovalada de la tierra. Y también se bailan cuando el cantor es Fiorentino, por ejemplo.

En el presente poemario, José María Contursi palpita, tiembla en sus hallazgos temáticos a sabiendas de que asume un nuevo destino. ¿Cuál? Abrir puertas a un mundo social que

no es el suyo. Un candente abismo de sencillez, dolor, pobreza, penurias y anhelos de los "changos", del que trae palabras vibrantes, tan pudorosas a veces, que lo instan a no usar los signos de apertura en la interrogación o en la admiración. Le basta con el último, el de cierre, para que a uno le quede resonando en el cántaro del alma la pregunta y el asombro.

Sí. Un libro necesario a la sensibilidad de cualquier hombre "mediocre pero intelectual", como dice el autor. Diríamos que concebido con palabras sabiamente buscadas, capaces de llegar a todos, por destino humano y poético asumido. Interesante y actualísimo en la Argentina de hoy que derrocha soflamas de riqueza en sus modernos centros de esparcimiento mientras grita su millonaria miseria en villas de la gran capital, en márgenes muy cercanos al centro de otras ciudades, y en pueblos aún rumorosos de folklórica y profunda argentinidad.

"Y no tengo ¡qué triste!

ni siquiera una pena...

*Pero son muchas las penas que padezco
con las penas ajenas!"*

En estos versos están su testimonio vital, su razón de ser y sensibilidad social. En "Mi mensaje", aclara que ha nacido en sus últimos treinta años, cuando en el calendario real está pronto a cumplir los sesenta. En efecto, los primeros años de tal segundo nacimiento resplandecen cuando echa alas su fama de poeta del tango. Y no vamos a permitirle siquiera una sombra sobre esa obra porque -además de los valores literarios que el mundo continúa reconociéndole- ha sido una hermosa escuela donde educamos nuestras emociones. Allí

obtuvimos la enseñanza sobre lo efímero, misterioso, abrasador y desolado del amor. Tampoco para su segundo nacimiento desconoceremos en José María la condición de hijo del poeta, guitarrero, zapatero y anarquista Pascual Contursi, porque ya dijo César Vallejo "no hay dios, ni hijo de dios, sin desarrollo". Transitaremos con el corazón alucinado de colores serranos, un itinerario sobrecogedor de la vida de los desheredados convertida en poema y testimonio. José María toma nota de que vivió en una Buenos Aires expansiva y autosatisfecha que, quiérase o no, daba la espalda al país interior. Y, ¡quién lo negaría!, a fragmentos extensos de su propio patio trasero donde menudeaba la miseria, la promiscuidad y el hambre. Así es y bien lo dice: "enviamos toneladas de trigo o carne en actitudes plausibles de los gobiernos para combatir los flagelos naturales de la inanición y plagas afines, mientras que a nuestra mujeres..."

Avanzamos tras la presentación esclarecedora de la diversa textura que ofrecerá este libro de poemas declaradamente serranos. El poeta del tango enfoca su intuición musical hecha a las cadencias urbanas, hacia una rítmica casi folklórica, con aire de copla. Tiene un espejo elegantemente puesto brindado por un amigo, también de la capital, que lleva viviendo más años que él en las serranías cordobesas. Es quien ha descubierto al Chango Carmen, un niño de ocho años que pasaba frente a su casa seguido por su perrillo, "la lealtad que lo acompañaba a todas partes". Se lo lleva a casa donde con su mujer le darán cobijo hasta los catorce años, en que la historia da un salto vital cuando descubre al muchacho enlazado con una chica en horarios del colegio. Contursi le da su voz al amigo para que relate el encuentro y la sucesiva relación protectora, paternal, con el Chango que crece y madura.

También su versos nos presentarán al Cuico, al Onésimo, a Butiérrez, a la mujer con un niño recién nacido envuelto en arpillera –esa tela para ensacar cereales–, boliches de pueblo, crepúsculos, pobreza extrema... y finalmente, la identificación del poeta con el "indio que lleva dentro", el comechingón originario habitante de las tierras guardadas por el cerro Uritorco.

En el segundo bloque del libro están las narraciones de un serrano, El Viejo Sosa, que canta en los poemas de José María Contursi la vida de la Romualda, una historia con final abierto y naturalmente estremecedor. Enseguida "La del Aguaribay", una muchacha a quien "ha visto una tarde, callada y sumisa.../derramando lunas sobre la llanura/ con sus grandes ojos de arropo de tuna!" No la conoce, pero la presiente, por su nombre grabado a cuchillo en un antiguo árbol. Acaba el bloque con la crónica de un abandono en las desgarradas palabras del Viejo Sosa... o de Contursi transpuesto.

Y ya sin báculos, sin alter egos ni apoyos supletorios, con su voz íntima de nombrador, intercala canciones, breves poemas que incluirán un homenaje a Gricel, a Manzi, a Borges, al Uritorco, a la vida, la madurez, los paisajes, sus pájaros, el agua. Flota la sensación de orfandad existencial, el saber de la finitud y su desdicha... aunque siempre florece de dulzura, de paz y de belleza en la tristeza suya. El sentimiento de un amor universal que imanta todas las cosas y nos une, se revela allí. Elige al rundún o colibrí, porque su temblona maravilla busca antes las flores que los frutos. Se asume pájaro Siete Colores, a quien luego le dice que se vaya a construir su nido en el lago de aguas mansas... que no prefiera al Río que suele ponerse bravo y arrancar las casas de los pobres.

Cuando su voz encarna al Uritorco, un cerro mucho más

vivido por los indígenas que por nosotros... se sacude entero al ver que de hambre se muere un chango. Pide respetuosas disculpas por si aún no acabó de hacerse a la terminología regional pues sabe, como buen poeta, que la palabra es metáfora que al nombrar las cosas las instaura y recrea. Ahora "que tal vez los años cambiaron el color de sus pupilas" es que canta a la verdad desnuda. El poeta transformado siente azoramiento frente a la indolencia de la gente y la poesía de esa "vanguardia psicodélica", que conforma el Continente sin modelar el Contenido.

Mezcla de exaltación sagrada y ternura infantil, cuenta que se trepa a la terraza de su casa para ver pasar el trencito de las Sierras como un regalo puntual, de las tres de la tarde.

Ya dejado el amigo y el Viejo Sosa por quienes cantaba, habla por sí. Como siempre, en él la subjetividad aflora en su mejor poética. Y especialmente – a nuestro juicio– en "Pesadilla" adquiere elevación. En esa pesadilla hecha poema escucha la voz de su madre que le dice "sube pronto, hijo mío... sube pronto". La conmoción es tanta que el cerro Uritorco ha temblado, su seísmo le ha abierto los ojos.

Al poco tiempo como en el hilo del vaticinio, José María Contursi moría en las Sierras, acompañado por Gricel. En el último poema "La Verdad" condensa sus razones de poeta y cierra el libro.

**Rafael Flores Montenegro
Madrid, 2012**